



**PROGRAMA**  
INTERUNIVERSITARIO  
de  
**HISTORIA POLÍTICA**

# **SOCIALISMO & DEMOCRACIA**

**ALFREDO REMO LAZZERETTI - FERNANDO MANUEL SUÁREZ**  
*(Coordinadores)*



Socialismo & democracia / Alfredo Remo Lazzeretti... [et.al.] ; coordinado por Alfredo Remo

Lazzeretti y Fernando Manuel Suárez. - 1a ed. - Mar del Plata: EUDEM, 2015. 640 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-1921-45-4

1. Sociología. 2. Democracia. I. Lazzeretti, Alfredo Remo II. Lazzeretti, Alfredo Remo, coord. III. Suárez, Fernando Manuel, coord.  
CDD 323

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio o método, sin autorización previa de los autores.

**ISBN: 978-987-1921**

*Este libro fue evaluado por el Lic. Daniel Reynoso*

Fecha de edición: Abril 2015

© 2015, **EUDEM**

Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata  
EUDEM / Formosa 3485 / Mar del Plata / Argentina

© 2015 **Alfredo Remo Lazzeretti y Fernando Manuel Suárez**

**Arte y Diagramación:** Luciano Alem

**Imagen de tapa:**

**Impreso en:**



# **De lecturas, maestros y sociabilidades Memorias militantes y conversión al socialismo en el fin-de-siglo<sup>1</sup>**

**Francisco J. Reyes**  
(UNL-CONICET)

*A (y por) Darío*

“La noticia corrió velozmente por todo el hospital y fue el tema de conversación a la hora del almuerzo de los practicantes. Todos teníamos interés en saber lo que era el socialismo, después de haberse difundido la noticia de que tenía un partidario en un profesor tan serio y tan acreditado como Justo. [...] sólo pudimos sacar en limpio esto: ‘que los socialistas luchaban por la jornada de ocho horas’. Y el hecho ocurría allá por el año 1893.”

*Nicolás Repetto (1962: 7)*

## **Introducción**

En el período de auge de la II Internacional, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, los nacientes partidos socialistas de todo el mundo llevaron adelante una formidable operación para captar la adhesión de nuevos militantes. Los momentos primero de acercamiento y luego de ingreso efectivo a la agrupación constituyeron, precisamente, una experiencia fundamental para los

<sup>1</sup> Agradezco a Susana Piazzesi sus siempre agudos y pertinentes comentarios.

hombres que serían los principales dirigentes partidarios. El caso argentino no se presenta así como una excepción, aunque las experiencias concretas que abordaremos dejan vislumbrar al lector, de forma más o menos evidente, las especificidades del fenómeno en nuestro país.

En efecto, como bien lo expresa Marc Angenot, existe un repertorio de tópicos, lugares comunes, *topoi*, en los relatos de destacados políticos socialistas al referirse a lo que ellos consideran el evento más importante de su existencia, esto es, la experiencia fundamental que les hizo dedicar sus vidas por completo a la “causa del proletariado” (Angenot, 2010). Y ese acontecimiento de la conversión al socialismo actúa como el parteaguas de historias militantes donde entran a jugar todo tipo de factores inmersos en trayectorias profundamente disímiles. De esta forma, entendemos a la *conversión* política como un verdadero pasaje, un desplazamiento de una situación vital a otra que, pese a la coherencia que los narradores intentan imprimirle a sus relatos retrospectivos, no se presenta como un proceso lineal. Ese fenómeno de ruptura, de construcción de sentido y de afirmación identitaria que encuentra su núcleo en lo que todos conciben de forma cuasi religiosa como una “nueva fe”, no se da sin embargo sin ambigüedades, abandono de viejas convicciones y concepciones, momentos de hesitación y, en casos, abiertas contradicciones, muchas de las cuales se encuentran reflejadas en los textos mismos.

En este trabajo, la vía de acceso a lo que consideramos un tema fundamental para el análisis de la construcción de una poderosa identidad militante, en tanto aspecto constitutivo de una cultura política socialista más general, se focalizará en una tríada de memorias y testimonios de quienes conformarían la elite dirigente del Partido Socialista en Argentina, a saber, Juan B. Justo, Enrique Dickmann y Nicolás Repetto. Un desmenuzamiento minucioso de sus relatos ofrece la oportunidad de sumergirse en los años constitutivos del socialismo argentino, cabe aclarar, desde la óptica de quienes lograron definir trayectorias exitosas dentro del mismo y, por qué no, de la política argentina en general. Relatos a partir de los cuales los protagonistas dan cuenta de todo un mundo de sociabilidades, relaciones filiales y patriarcales, lecturas y acontecimientos políticos, sensibilidades y capitales personales de todo tipo (político, cultural, intelectual) en la Argentina finisecular,

ponderados de acuerdo al lugar que los mismos ocuparon en una experiencia fundacional que los tuvo -aunque no exclusivamente según veremos- como figuras señeras.<sup>2</sup>

Por supuesto, es necesario aclarar que, tanto en términos metodológicos como hermenéuticos, la reconstrucción posterior de esas experiencias en el soporte de libros y conferencias posee la carga de toda operación de rememoración, intentando dotar de coherencia y sentido a una conversión que en general aparece como producto de un camino allanado previamente, ya sea por el sentimiento o por el saber. Además, por la ocupación de espacios dirigenciales dentro del Partido Socialista (PS) por parte de Justo, Dickmann y Repetto, los mismos no ahorran pasajes de auto y mutua legitimación en sus relatos. De forma que una hipótesis que aquí sostenemos postula que si toda construcción identitaria tiene sus beneficiarios, llegada la hora de controlar o monopolizar los bienes simbólicos que la misma implica, la elaboración de una memoria político-partidaria abreva en dicho fenómeno de poder, en tanto determinados actores se encuentran investidos de una autoridad, como es aquella que emana de la palabra considerada como legítima dentro de la agrupación (Bourdieu, 1981).

Pero creemos necesario comenzar nuestro análisis con una aproximación a las memorias militantes de algunas de las figuras centrales del socialismo de la II Internacional, no en función de que las mismas hayan actuado como paradigmas de lectura de los casos locales, sino como estrategia que nos permitirá explayarnos en esa serie de tópicos comunes mencionados más arriba. Al mismo tiempo, permiten enriquecer el cuadro de lo que fue una verdadera cultura política con pretensiones de universalidad, al introducirnos en los pliegues de recorridos personales y tradiciones nacionales. La pregunta/disparador recurrente “¿por qué me hice socialista?” se erigiría entonces en un eje fundamental de las respectivas memorias políticas, piedra de toque que condensaba el núcleo de

<sup>2</sup> No nos remitiremos aquí, por los intereses de nuestro trabajo, a las fundamentales experiencias socialistas previas a la constitución del Partido Socialista en el Congreso de 1896, como fueron las del club alemán *Vorwärts* y la nucleada en torno al periódico *El Obrero*, aunque eventualmente nos referiremos a algunas de ellas. Al respecto remitimos a Tarcus ([2007] 2013) y Martínez Mazzola (2010).

una experiencia de subjetivación política que se presentaba, a la vez, como un fenómeno colectivo, pero también profundamente individual.

### **Modulaciones de la cultura política socialista internacional**

Las memorias, y en particular las memorias políticas, constituyen un verdadero género dentro de la literatura, dando cuenta de una serie de impresiones y acontecimientos a lo largo de un recorrido que se presenta como el despliegue de una estrategia narrativa. Al respecto y tal como lo expresamos antes, quienes serían los principales dirigentes del PS argentino a principios del siglo XX, y que adhirieron a su “nueva fe” política en la última década del siglo XIX, no escapan a lo que se convertiría en un fenómeno típico de los “grandes socialistas”, esto es, el exponer ante sus destinatarios naturales -fundamentalmente las nuevas generaciones militantes, aunque también el público en general- el motivo de su “conversión al socialismo”.

Tal es así que una serie de significativos lugares comunes se reiteran aquí y allá, pese a los distintos contextos. Por un lado, la lectura de un libro, revista o periódico socialista, que actúa como el primer acercamiento a ese cuerpo de ideas (y que en casos remite a otras más remotas, pero que parecen prefigurar en los relatos la futura adhesión) o, asimismo, de un texto de carácter científico que allana el camino para las “verdades del socialismo”. El encuentro con una “gran personalidad”, un “gran hombre” del socialismo que oficiará de correa de transmisión de los fundamentos del movimiento, preferentemente un intelectual que es al mismo tiempo un padrino político y que mantendrá su tutela por muchos años, marcando la experiencia política del iniciado. El detonante ético, la caída en cuenta de las injusticias provocadas por la sociedad capitalista y la evidencia de la posibilidad cierta de una nueva moral que puede ser construida para contrarrestar el indiferentismo del individualismo burgués o la que se concibe como falsa solidaridad cristiana. Finalmente, pero no menos crucial para quienes pretenden representar los intereses políticos del proletariado, el contacto con el “pueblo trabajador”, en especial en la gran ciudad, la “masa de sufrientes”, quienes proporcionan el marco del “bautismo” socialista al revelarse como el sujeto de la

Historia para quien, en general, aparece como un joven de origen burgués o un estudiante del interior.

En este sentido, cabe pensar a los primeros líderes del incipiente PS como actores que se instalaban en el seno de una cultura política aún en constitución, ya sea en lo organizativo como en lo ideológico, lo cual implicaba compartir una visión del mundo, una lectura común del pasado, una proyección en el futuro y, claro está, una memoria específica que se retroalimentaba al ser heredada por cada generación de militantes (Sirinelli, 1998; Prochasson, 2009). Al mismo tiempo, la cultura política socialista presentó un enraizamiento variable y una perduración diferencial en cada región o país. Por ejemplo, una serie de variantes del socialismo fueron otros tantos “modelos”, por distintos motivos, para los socialistas argentinos. Y los testimonios de sus respectivos líderes dan cuenta de la diversidad de motivos de adhesión a esa cultura política. Cabe aclarar aquí que, como bien señala Eric Hobsbawm, las últimas décadas del siglo XIX fueron los años dorados de la difusión del movimiento socialista internacional así como del marxismo, pretendido fundamento ideológico de aquel. Ello no obstó para que, como bien se sabe, las principales líneas dirigentes de muchas de las organizaciones socialistas no declararan a las mismas como “partidos marxistas” (Hobsbawm, 1983).

Uno de los ejemplos más reconocidos en lo que hace a “memorias ejemplares” es el del líder del Partido Obrero Belga (POB) y destacadísimo dirigente de la Internacional Émile Vandervelde, quien sería a su vez explícito referente de la prensa y la dirigencia socialista argentina. Y decimos *ejemplar* porque en sus *Souvenirs d'un militant socialiste* aparecen uno a uno los *topoi* de la conversión, aunque, como él mismo confiesa en las primeras páginas: “Nada, en efecto, ni en mi medio familiar, ni en la educación que me fue dada, lo hacía prever. Todo lo contrario” (Vandervelde, 1939: 12, traducción propia), pero ello es rápidamente desmentido por el propio relato del autor.

Ingresado a la Universidad libre de Bruselas siendo un típico “liberal de origen burgués”, sus referentes universitarios lo acercarán primero a la obra de Pierre Proudhon, lo que llevó a que

hasta varios años después no leyera “una sola línea de Marx o Engels” (Ibíd.: 20).<sup>3</sup> Pero será la colaboración con un pariente, el destacado publicista e intelectual Jules Destrée (“mi compañero de armas” de allí en más) que ya se encontraba afiliado al POB y que jugaría un rol cultural clave en la *Maison du Peuple* (Casa del Pueblo) de Bruselas, quien lo acercará mediante su biblioteca a una literatura más puramente socialista.<sup>4</sup> Sumado en 1885 a la juventud del POB, su primera actividad como miembro del mismo fue el dictado de una conferencia. A partir de allí su liderazgo político e intelectual no haría sino crecer, hasta llegar a ser conocido con el sobrenombre de “el patrón”. Pero el detonante de su entrega a la nueva causa no sería otro que el encuentro con la masa del “pueblo de trabajadores y de sufrientes”, al participar con la Liga Obrera de Ixelles de una manifestación hasta un cementerio signada por los símbolos de la liturgia socialista: el desfile de las columnas obreras, al son de la Marsellesa, precedidas por las banderas rojas, escena que Vandervelde no duda en calificar como su “nuevo bautismo”.<sup>5</sup> La mención no es casual: para la elite dirigente del POB la “estética de los cortejos” socialistas -en especial el ritual del 1° de Mayo- debían actuar como un elemento central de una oferta política destinada a satisfacer los gustos de las “almas populares” (Destrée y Vandervelde [1898], 1903: 407).

El peso de las tradiciones nacionales y los clivajes desarrollados al interior de las mismas se hacen evidentes en el

<sup>3</sup> En contraposición, otro socialista belga que adquirirá posteriormente renombre por su ruptura en tiempos de entreguerras con los fundamentos del socialismo finisecular, si bien también destaca las influencias del medio universitario (esta vez el alemán), afirmaría por su parte que fue el espíritu de revuelta contra su medio social así como las verdades científicas del marxismo quienes lo condujeron hacia su original “convicción socialista” (De Man, 1929: XIII).

<sup>4</sup> Dicha referencia de Vandervelde no resulta inocente, ya que el socialismo belga se caracterizará por un vocabulario más ético que político, una escasa penetración del marxismo y una fuerte influencia de tradiciones humanistas y antiautoritarias. Ver Rebérioux, 1985.

<sup>5</sup> “Je me trouvas avec notre ligue ouvrière, sur le plateau de la Ville haute. De tous les villages d’alentour, des colonnes de manifestants dévalaient pour remonter vers nous. On frémissait à la sonorité des Marseillaise; on saluait, pieusement, les drapeaux rouges [...] et, dans ce flot humain, roulant vers l’avenir, je recevais comme un nouveau baptême; je me sentais lié, pour la vie, à ce peuple de travailleurs et de souffrants.” (Vandervelde, 1939: 25).

testimonio de quien actuará como artífice de la unidad socialista en Francia desde 1905 con la creación de la *Section Française de l'Internationale Ouvrière* (SFIO). Es más, Jean Jaurès, de quien estamos hablando, no se reconocerá socialista sino hasta cerca de los 30 años y luego de haber sido electo diputado a la Asamblea como republicano “moderado” en 1885. Así, en la introducción a un libro que compila buena parte de sus artículos periodísticos y discursos parlamentarios, pensado como volumen de propaganda militante -según el encargo a cuenta de un “grupo de jóvenes”, que podemos pensar como sus naturales destinatarios- entiende su paso del ideario liberal-democrático hacia la “profesión de fe” socialista como la decantación de un movimiento natural, en un sentido más bien filosófico antes que estrictamente político: “Me imaginaba que todos los republicanos que tienen por fin la idea de la República, debían llegar al socialismo.” Ese pasaje, que tuvo un punto de inflexión con la famosa huelga de los mineros de Carmaux en 1892 -en los momento de la difícil consolidación de la III República Francesa ante sus sucesivas crisis y los embates monárquicos y bonapartistas- es vivido explícitamente como el de un “converso”, pese a las críticas de sus detractores “marxistas” encolumnados detrás de Jules Guesde, pero también como una justificación de la posición alcanzada:

Desde que comencé a escribir en los periódicos y a hablar en la Cámara, desde 1886, el socialismo me poseyó por completo, y yo hice de él profesión de fe. No digo esto para combatir la leyenda que hace de mí un centro-izquierdista convertido, sino simplemente porque es la verdad. [...] Pero es cierto también que adherí a la idea socialista y colectivista antes de adherir al partido socialista” (Jaurès, 1899: VI, traducción propia).

El socialismo jauresiano aparece así, a sus ojos, como la fase superior del republicanismo francés<sup>6</sup>, y veremos que este

<sup>6</sup> Sobre el complejo proceso de unificación del socialismo francés, ver Rebérioux (1985); acerca de su republicanismo y, en especial, de la clave humanista de su socialismo analizada en torno a su militancia dreyfusista en el célebre *Affaire*, remitimos a Rebérioux (1993).

argumento se reiterará en la Argentina finisecular en algunos de los socialistas encargados de sumar nuevas voluntades a la naciente agrupación.

Los matices revelados por los relatos autobiográficos en torno a las etapas de la conversión, a partir de los cuales es posible vislumbrar las modulaciones de la cultura política socialista en expansión a fines del siglo XIX, resultan aún más interesantes al tomar el significativo testimonio de August Bebel, principal dirigente del poderoso *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (SPD, Partido Socialdemócrata de Alemania), verdadero modelo de organización y usina ideológica para los miembros de la II Internacional (Cole, 1959; Nettle, 1965). Aquí se conjugan, por un lado, las particularidades que adquirió el proceso de formación de la agrupación -las cuales merecen sucesivos capítulos de parte del autor- antes y después de la unificación del Imperio Alemán, de forma que sus memorias se remontan a un período previo a aquel que tomamos como eje, terminando las mismas con la sanción de las llamadas Leyes Anti-socialistas que, paradójicamente, actuarían como marco de la expansión del SPD. Por otro lado, los tópicos de la transformación de la identidad política, presentados como etapas ascendentes de un camino que discurre desde la resistencia inicial al fenómeno socialista, hasta su posterior abrazo y final apostolado, adquieren un carácter, sino mesiánico, al menos explícitamente religioso: “Fue así que en el transcurso de unos pocos años pasé de ser un opositor convencido y decidido del socialismo a convertirme en uno de sus más celosos adherentes. Yo era Saúl y me volví Pablo” (Bebel, 1912: 6, traducción propia). De forma que Bebel hace de *Mi vida* (título del libro) la vida del partido.<sup>7</sup>

La dimensión ideológica también juega un papel axial en la retrospectiva bebeliana, y ello no parece un dato secundario, ya que cada paso de su ascendente militancia lo acerca más al ideal socialdemócrata, tal como lo definiera el SPD. Así es que, de

<sup>7</sup> Bebel no se ahorra méritos en la tarea: “Como resultado de este desarrollo [esto es, la ‘proletarización de las masas’ por el avance del capitalismo, explica], sin embargo, yo -y no voy a negar todo mérito personal en el asunto- me convertí, con la ayuda de algunos otros, en el líder del Partido Socialdemócrata Alemán, que es en el presente el partido más fuerte de este color en el mundo” (Ibíd.: 7, traducción propia).

origen familiar judío, el joven alemán adhirió primero a la Unión de Artesanos Católicos de Freiburg, abierta a trabajadores no religiosos, al mismo tiempo que se encontraba prohibida toda propaganda socialista o comunista. Lo más a lo que se podía aspirar, en sus palabras, era el ingreso a una agrupación liberal, a la que se unió pocos años después en Leipzig, pero quedará impresionado en 1863 con un discurso (luego editado como *La cuestión obrera*) del carismático líder de la Unión General de Trabajadores Alemanes, Ferdinand Lassalle. Así y todo, no reconoce a éste el mote de “socialista”, que quedará reservado sólo para “la facción a la que yo pertenecía [que] se convirtió al socialismo”. Recién entonces el relato involucra al detonante de dicha transformación, otra “gran personalidad”, un intelectual que ya conocía a Marx y Engels:

Mucho se ha escrito acerca del modo en que fui influenciado por [Wilhem] Liebknecht; por lo tanto se ha dicho que debido a él yo me convertí en socialista y marxista [...] él era un universitario, lo que yo no [...] Mi amistad con Liebknecht ciertamente *aceleró mi conversión*. [...] como la mayor parte de los que se hicieron socialistas, fui de Lassalle a Marx (Ibíd.: 77-79, destacado nuestro).

Percibimos en el momento de la conversión otro detalle relevante, esto es, la función del mediador que difunde la teoría socialista y/o marxista, legitimando la posición de esta figura como necesaria, al menos en los momentos fundacionales de la socialdemocracia alemana.<sup>8</sup>

Solo como una breve digresión, que aporta nuevos motivos a los ya expuestos, cabe mencionar otro ejemplo alemán, esta vez el del principal exponente teórico de la corriente que se denominó “revisionismo” dentro del SPD. La relevancia de la postura de

<sup>8</sup>En efecto, Bebel explica como el primer panfleto de su autoría estuvo más influenciado políticamente por Lassalle que por las ideas de Marx, ya que había intentado leer previamente la *Economía política* de este último “encontrando imposible para mí digerir ese difícil libro. *El Manifiesto Comunista* y otros escritos recién fueron conocidos por nuestro partido sólo en los últimos años sesentas y primeros setentas” (Ibíd.: 79).

Eduard Bernstein radica en que -si bien no en clave de memoria autobiográfica- sus argumentos en la conocida controversia con su rival “ortodoxo” Karl Kautsky por la “esencia del socialismo” (Abellán, 1990) pretendían destacar la necesidad de concebir al movimiento socialista como una fuerza “sólo en primer lugar” formada por proletarios. De modo que se volvía crucial entender los motivos de la profesión de fe socialista de aquellos que no provenían de ese origen social; en primer lugar, los “profesionales liberales” (intelectuales, periodistas, médicos, ingenieros, etc.) que arraigaban notoriamente en las filas socialdemócratas.

Para Bernstein, estos “motivos se presentan casi siempre en formaciones complejas”, y podían ser de distinta índole: por “egoísmo personal”, por “solidaridad” o “sentido de clase” y, finalmente, por “motivos éticos”. Éstos últimos eran para el polemista los más importantes, ya que intensificaban “el convencimiento de que es *posible* instaurar un orden social en que una mayor igualdad vaya unida a un también mayor bienestar material y moral”, ya sea “por compasión o sentido de la justicia” (Bernstein, [1898]1990: 7-8, subrayado en el original). O sea que el triunfo de la socialdemocracia como fuerza política integrada al sistema representativo no podía ser resultado de una “necesidad histórica” expuesta por la “ciencia marxista”, como postulaba Kautsky, sino que necesitaba -y ello era percibido por Bernstein como un dato cada vez más evidente empíricamente- de la suma de voluntades por medio de un acto inherentemente ético y voluntarista de parte de aquellos que se colocaban del lado de los desposeídos (y que, se entiende, adherirían consecuentemente por ello al movimiento socialista).<sup>9</sup>

Ciencia y ética serán esgrimidos como motivos -ambos válidos y necesariamente unidos- por los nuevos militantes del movimiento socialista en un país en el cual, sin embargo, según

<sup>9</sup> “La presión moral a afiliarse al partido socialista no puede, sin embargo, desaparecer por la sencilla razón de que aquello que, desde el punto de vista de la meta fijada, se reconoce como necesario para el progreso social sea con mayor o menor probabilidad parte integrante de una necesidad histórica inmanente. Muy al contrario, este apremio adquiere mayor fuerza por la consciencia de que la realización de lo que se ha reconocido como justo y conveniente depende en gran medida de nuestro ‘querer’ y ‘hacer’, y no simplemente de un imperativo dictado por la historia.” (Bernstein, [1901] 1990: 71-72).

buena parte de la opinión “burguesa” dicha organización sería una “planta exótica”, esto es, no tendría sentido, por hallarse allí las condiciones para que todo aquel que trabajara lograra ascender socioeconómicamente.

### **Tres experiencias socialistas y algunas apostillas**

En lo que respecta a los dirigentes argentinos, sus memorias y la referencia al momento de la “conversión” estarán signados, de forma colectiva, por las características del proceso político de la última década del siglo XIX, y, en particular, por una serie de acontecimientos singulares: ciertas lecturas “científicas”, políticas o de propaganda que “abrieron sus ojos”; espacios de sociabilidad académicos en los cuales se tejieron vínculos de camaradería y, por supuesto -como en el caso de Vandervelde- ese tópico recurrente del contacto con el “pueblo obrero”, la “masa sufriente” del proletariado. Una lectura en términos clasistas podría enfatizar, asimismo, el hecho de que los líderes partidarios de origen “burgués” debían justificar su posición de preeminencia sobre las bases obreras por la posesión de cierto saber o de condiciones que los dotaban de aptitudes especiales para ejercer dicha función. Aunque, como suele ocurrir, la cuestión es más compleja.

Un ejemplo paradigmático es, por supuesto, el de Juan B. Justo, figura descollante del PS desde sus mismos orígenes, aunque hacia mediados de la década de 1890 era uno más entre varios militantes destacados que se encargaron de hacer confluir las distintas agrupaciones socialistas de Buenos Aires (Tarcus, [2007] 2013). La reconstrucción de su iniciación en el socialismo fue efectuada en una serie de conferencias dictadas ante miembros del partido en dos contextos singulares: el del primer Centenario de la Revolución de Mayo (1910) y poco después de la Revolución Rusa y la creación en el país del Partido Comunista (1920), fuerza escindida del PS. Como sea, ambas conferencias se encuentran permeadas en el relato del “maestro” por un poco disimulado carácter pedagógico; en otras palabras, actúan como el “buen ejemplo” para los militantes socialistas ante los desafíos del presente. Veamos sus respectivas estrategias.

La primera de esas intervenciones se titula sintomáticamente “Por qué me hice socialista” -pregunta retórica de larga prosapia en la propaganda partidaria- y hasta las últimas líneas del texto resulta

difícil caer en cuenta de que su contexto original de enunciación está constituido por una campaña electoral. En gran medida, Justo se dirige a un auditorio de “convencidos”, de forma que entre sus motivos hay un equilibrio entre el refuerzo identitario y la justificación autorreferencial de quien ya era la indiscutida primera espada y pluma del partido. El núcleo del discurso se halla en la experiencia de Justo dentro de su ámbito profesional, la medicina. La clave ética que permea su memoria actúa como el vector que lo puso en contacto con la realidad de los cuerpos sufrientes y las víctimas de las desigualdades sociales:

Hubo una época de mi vida cuando salía yo todas las mañanas del hospital, después de pasar media jornada entre los enfermos, los lisiados, los inválidos, las víctimas variadas de la miseria, de la fatiga de la explotación y del alcohol [...] ¿No era más humano ocuparse de evitar en lo posible tanto sufrimiento y tanta degradación?([1910] 1947: 272)

Pero la ciencia que él ha logrado conocer y dominar está allí como solución, permitiendo trazar una analogía entre lo que sería la medicina para el cuerpo humano y la tarea del socialismo -en tanto doctrina y organización política- para con la sociedad, en general, y el pueblo trabajador, en particular.<sup>10</sup>

Y ¿cómo conseguirlo sin *iluminar la mente del pueblo todo, sin nutrirlo con la verdad científica, sin educarla para más altas formas de convivencia social?* [...] Y pronto encontré en el movimiento

<sup>10</sup> En relación a esta tensión inherente a su pensamiento y sus convicciones -en realidad, un fenómeno intelectual más amplio en el cambio de siglo-, Jorge Dotti afirma refiriéndose a otro tipo de escritos de Justo, que “El tránsito del saber a la moral y viceversa se desplaza por el puente del socialismo, el cual, si en el interior del discurso de Justo señala el comienzo de la nueva historia (construida por las clases cuyas luchas concilian causalidad y teleología), en el contexto externo del marco ideológico del Centenario testimonia el alto grado de elasticidad del paradigma positivista.” (Dotti, 2011b: 99)

obrero el ambiente propicio a mis nuevas y más fervientes aspiraciones. (Ibíd.: 273)<sup>11</sup>

Ni el título ni los motivos aducidos se presentaban como novedad. Hemos visto de hecho ya como el 1° de Mayo -la celebración de la “fiesta del proletariado” para los socialistas- actuaba tanto como día de autocelebración y momento clave de su propaganda para consolidar adhesiones y sumar otras nuevas. Entre las reiteraciones, un artículo del número especial de *La Vanguardia* de 1895 llevaba el mismo título que la conferencia de Justo. Bajo la firma del seudónimo “Alardo”, el autor de la nota se presentaba como un socialista, ex republicano de origen italiano, para el cual sus antiguos “propósitos ingenuos de conservación social” se vieron sacudidos por una polémica periodística que le hizo “abrir los ojos”. Aquí, es la “verdad científica” y su correlación política en el socialismo, entendido como la inevitable culminación de la Historia, quienes someten al alma conservadora:

Una transformación lenta, pero constante y, estoy por decir, fatal, se iba verificando de día en día en mi espíritu [...] Me he hecho socialista porque he comprendido que es lógico y racional, en nuestro tiempo, el partido que no ya combate este o aquel privilegio, a tal o cual gobierno, sino que lucha contra todos los privilegios, contra todas las injusticias [...]

Volviendo a Justo, otros dos factores, uno contextual y otro intelectual, parecen haber actuado como catalizadores de su acercamiento al socialismo. Por un lado, la desilusión con lo que llamaría la “política criolla”, concretamente, su participación en la experiencia de la Unión Cívica de la Juventud y un año después en la Revolución del Parque (1889-1890), malogradas por la intervención de militares, motivando su acercamiento en 1893 a uno de los núcleos que luego confluiría en la fundación del PS: la Agrupación Socialista de Buenos Aires. Interesante

<sup>11</sup> Este célebre pasaje de la alocución de Justo ha sido ya destacado por Portantiero (1999: 7) y Tarcus ([2007] 2013: 377).

reconocimiento de Justo: “Tengo derecho de hablar así, pues soy bastante criollo” (1920).<sup>12</sup> De forma que el forjador de esa denominación que tendrá larga vida en el pensamiento político argentino, puede permitirse discutir sobre el tema (la autoridad, el gobierno y la ley bajo los gobiernos “criollos”) por conocerlo desde dentro:

Uno de mis tíos que a diferencia del hermano de Lenin, no murió joven en la horca, sino a una edad avanzada y en su propia cama, tomó parte en innumerables revueltas para derrocar gobiernos argentinos [...] He visto de cerca el juego de fuerzas semejantes en la política argentina. A casa de mi padre, amigo político del doctor Leandro N. Alem, y en cuyo domicilio vivía también su yerno, capitán de artillería entonces, fue el gran caudillo [...]<sup>13</sup>

Su experiencia en la Unión Cívica de la Juventud, que clamaba por la verdad de la República, le hizo entrever, por la participación *manu militari*, el siempre amenazante fantasma del cesarismo, que había visto con sus ojos en Europa encarnado en la experiencia francesa del general Boulanger y que aquí daba forma -en la perspectiva de Justo- a un mero “motín militar”, antes que a un alzamiento verdaderamente popular. Por otro lado, su capital intelectual parecía ser más valioso en un “partido de ideas” como el socialista, que en una agrupación más de la “política criolla” - como concebía a la Unión Cívica Radical-, donde debería lidiar con dirigentes pertenecientes a la elite notabiliar y todo su capital político acumulado.<sup>14</sup>

Más interesante aún, el motivo intelectual se revela como paradójico si tenemos en cuenta que pocos años después Justo

<sup>12</sup> “Aquella lucha mentida y estéril de facciones colmó la medida de mi desdén por la política criolla, y fue entonces que por primera vez me acerqué a un pequeño número de obreros organizados ya como Agrupación Socialista.” (*La Vanguardia*, 19/4/1920).

<sup>13</sup> *La Vanguardia*, 19 de abril de 1920.

<sup>14</sup> Sobre las interpretaciones socialistas del fenómeno del radicalismo, ver Martínez Mazzola, 2010.

traduciría el primer tomo de *El Capital*<sup>15</sup>: “Me hice socialista sin haber leído a Marx, arrastrado por mis sentimientos hacia la clase trabajadora, en la que veía una poderosa fuerza para mejorar el estado político del país”. Pero la “falta ideológica” no parece demasiado grave si tenemos en cuenta que ya tanto en el testimonio de Vandervelde como en el de Bebel se confiesa que el arribo al movimiento socialista careció de un *plafond* marxista. Otras lecturas, consideradas fundamentales del canon científicista finisecular, son destacadas por Justo como allanadoras del camino: “la lectura de Spencer me había dado algunas ideas [...] El teorema spenceriano de la evolución social [...] fue uno de los motivos ideológicos de mi adhesión al socialismo”.<sup>16</sup> Como expresaba el posterior contrincante de Justo Enrico Ferri, en un texto canónico sobre la “marcha fatal” de la ciencia y sus consecuencias prácticas en el socialismo (*Socialismo y ciencia positiva*) “la obra científica y política de Karl Marx [...] completa la renovación del pensamiento científico moderno” (Ferri, [1894] 1896: 10, traducción propia).<sup>17</sup> Las diádas *verdad y justicia, saber y deber*, devendrán un verdadero leitmotiv de la retórica militante del socialismo finisecular.<sup>18</sup>

<sup>15</sup> Sobre la lectura de Marx hecha por Justo, cfr. Dotti, 2011a y Tarcus, [2007] 2013.

<sup>16</sup> *La Vanguardia*, 19/4/1920.

<sup>17</sup> La importancia asignada por esos años a dicha obra entre las agrupaciones socialistas locales puede calibrarse por lo siguiente. En mayo de 1895 *La Vanguardia* anunciaba la venta a precios módicos en Buenos Aires de la obra de Ferri (“libro importante” titulaba la nota), traducido y prologado por Roberto Payró (*La Vanguardia*, 11/05/1895). Un año después, ante la inminencia del Congreso que daría lugar a la organización del Partido Socialista Obrero Argentino, el órgano socialista daba cuenta de los 400 ejemplares de *Socialismo y ciencia positiva* donados por José Lebrón y Antonino Piñero al Centro Socialista Obrero, con cuya venta se crearía un fondo para la publicación de nuevos folletos (*La Vanguardia*, 09/05/1896).

<sup>18</sup> Como lo exponía el por ese entonces redactor de *La Vanguardia* y uno de los principales propagandistas del socialismo argentino en la década de 1890 -esta vez, de origen obrero- Adrián Patroni, las revueltas armadas de la Argentina finisecular y las movilizaciones patrióticas en el contexto de una posible guerra con Chile estaban ciertamente movidas por el entusiasmo. Pero ese sentimiento no podía ser sino efímero, mientras que los militantes socialistas debían formarse e incorporar, sostener y propagar una serie de nociones fundamentales de carácter ideológico y que requerían una verdadera pedagogía integral: “Para llegar a ser un

El testimonio de Enrique Dickmann presenta otras aristas, no menos reveladoras de los tópicos de la conversión. Extensa y pormenorizada memoria escrita en años del régimen peronista, poco antes que su acercamiento al mismo generara su expulsión del partido solo pospuesta por su prestigio (Herrera, 2011), sus *Recuerdos de un militante socialista* llevan el mismo título -en castellano- que la retrospectiva de Vandervelde (*Souvenirs...*). Ello no parece ser casual, si tenemos en cuenta que para ese entonces el libro del socialista belga tiene ya una década, instalándose Dickmann en la estela de una tradición, la cual como nos recuerda Raymond Williams siempre es selectiva en tanto tramita la tensión entre un mundo de referencias preconfigurado y el escenario en que se pretende intervenir (Williams, [1977] 2009: 159).

En efecto, la obra está plagada de simbolismos y referencias mesiánicas, estilo perfectamente coherente con sus intervenciones de fin de siglo en *La Vanguardia*, en donde recurrentemente expondrá sobre la sustitución de la “vieja fe de los esclavos” por la “nueva fe del porvenir”: el socialismo (Dickmann, 1898). Su prólogo está firmado el 1° de Mayo, fecha en que el autor afirma haber llegado a Buenos Aires en 1895 (año de su conversión), y en las primeras páginas recuerda como el joven letón ya auguraba, desde el barco que lo traía, la buena nueva del socialismo en este país (“Soñé despierto en la nueva tierra de Promisión, en la Argentina, adonde me llevaba el Destino”, Dickmann, 1949: 35). La especificidad del texto estriba en que su recorrido vital se presenta tamizado por tres pasajes: por un lado, como el paso de su familiar religión judía al secular credo socialista<sup>19</sup>; por otro, en

socialista convencido, es necesario algo más que oír frases floridas; son los hechos las verdades científicas los [que] obligan a abrazar estas ideas tan positivas como justas.” (Patroni, 1895). En el caso de Patroni, un obrero con formación letrada, fue una vez más una lectura clave, esta vez de carácter utópico-futurista, la que lo llevó a abrazar la fe socialista: el célebre *El año 2000*, del norteamericano Edward Bellamy (Tarcus, 2007: 492-493).

<sup>19</sup> En el caso de Dickmann, las ideas presentadas en su obra de madurez se encuentran anticipadas en las múltiples conferencias e intervenciones periodísticas producidas por el autor en las décadas precedentes. Así, vemos que en una de esas intervenciones proferidas en un discurso de campaña electoral, esa connotación religiosa y mesiánica en clave secular ya está presente: “El socialismo es la *nueva religión*, que no coloca la felicidad del hombre en el cielo sino en la tierra [...]

tanto ejemplar representante de lo que José Luis Romero llamara “Argentina aluvial”, un inmigrante integrado a, pero a su vez formador de, una sociedad moderna; finalmente, como un producto casi perfecto de la propaganda socialista de entonces. En sus palabras, en esos años de la década de 1890, “el socialismo era entonces un verdadero *apostolado*, y el proselitismo se hacía con *entusiasmo de neófitos* y con *fe de creyentes!* Indudablemente eran tiempos heroicos aquellos!” (Ibíd.: 91).

Una serie de acontecimientos prefiguran primero, y concretan luego, su inmersión plena en el socialismo. Antes que nada, las lecturas. Todavía en su Letonia natal, la lectura de una novela sobre las rebeliones campesinas en la región del Volga se erigió, sin quererlo según él, en “el principio de mi emancipación política de la tiranía zarista, y el comienzo de mi educación socialista” (Ibíd.: 27). Previamente en su relato se encarga de construir una genealogía de sus “maestros y guías”, la cual asciende a Moisés (“el más grande legislador de la antigüedad y creador del monoteísmo”) para llegar a Marx (“el más grande revolucionario moderno y fundador del socialismo científico”), pasando por Spinoza (“el creador del Panteísmo y de la ética en política”):

La lectura y el conocimiento [...] han modelado, desde mi más tierna infancia, mi espíritu libre e igualitario, mi socialismo idealista y humanista -que después se ha metodizado, fortificado y consolidado con las lecturas y el estudio de los libros del socialismo científico [...] ¡Bendigo al primer maestro de mi infancia que me hizo leer la Biblia y bendigo al maestro que, en mi adolescencia, me hizo leer *El Capital*, la Biblia del Socialismo! (Ibíd.: 22)

Alfredo Palacios, que procedía de los Círculos de Obreros Católicos del padre Grote, esgrimiría argumentos similares sobre un germen doctrinario anidado desde la infancia: “En el socialismo

Pertenezco a una raza de profetas; y yo digo que dentro de pocos años el gobierno de la república será socialista.” (Dickmann, [1920] 1928: 109-110 y 111-112, destacado nuestro).

me inició mi madre. Ella puso en mis manos el *Nuevo Testamento*, con el *Sermón de la montaña*” (citado en García Costa, 1997: 51); y en 1903, ya ingresado a las filas partidarias del PS, dictará una famosa conferencia titulada “Jesús como precursor del socialismo”. El ejemplo de Palacios confirma entonces, al complementar el testimonio de Dickmann, otro de los tópicos comunes a las memorias militantes, que en ciertos casos se demuestra coherente con prácticas y discursos sostenidos durante la misma vida política de los protagonistas. Como destaca Angenot, los memorialistas que reconstruyen los pasos de su transformación no pueden ver ese camino sino en un sentido arbitrariamente teleológico, de forma que el “socialismo científico” asociado a la ideología imperante dentro de los partidos socialistas, siempre se encuentra prefigurado de forma utópica, sentimental o humanitaria (Angenot, 2010).<sup>20</sup>

Ya en Argentina, trabajando como peón rural en Entre Ríos, un “pequeño-grande episodio -continúa Dickmann- [...] determinó definitivamente mi vocación socialista”: la lectura en 1894 del periódico *Vorwärts*, escrito en alemán y editado por los socialistas de ese origen residentes en Buenos Aires y uno de los primeros órganos de difusión de las doctrinas socialistas finiseculares (Ibíd.: 60).<sup>21</sup> Es difícil no dejar de notar que dicha afirmación se contradice con lo expresado poco antes en el texto, cuando menciona que los dos motivos de su arribo a la gran ciudad fueron, por un lado, estudiar e ingresar a la Universidad, y, por otro, servir y afiliarse al socialismo (“a pesar de no tener aún noticias de la existencia de un movimiento Socialista en la Argentina”), al menos que considerara a los alemanes del *Vorwärts* como excéntricos a un proceso de confluencia política que, en rigor de verdad, los tuvo como uno de sus protagonistas. Ello revela el carácter *ex post facto* de toda reconstrucción del proceso de conversión, privilegiando ciertos acontecimientos y ciertos actores clave por sobre otros.

<sup>20</sup> Dickmann no es la excepción a la regla. Una y otra vez repetirá que “Mi socialismo fue en sus comienzos sentimental y romántico; luego, con la experiencia y la observación de la vida, con el estudio objetivo de hombres y cosas, se hizo científico y razonador” (Ibíd.: 421).

<sup>21</sup> Acerca de la importancia del club de socialistas alemanes y su periódico homónimo, ver Carreras, Tarcus y Zeller (2008).

La decisión de la afiliación al Centro Socialista Obrero de Buenos Aires, teniendo solo veinte años, se dará en 1895 en el marco de una reunión socialista efectuada en el teatro Onrubia donde se leyó el folleto *El socialismo científico* de Engels, terminando de decantar su impulso la conversación con el estudiante de Medicina José Ingenieros y el obrero albañil Antonio Chacón. Una vez más, el tópico de los mediadores, ahora, en las dos figuras del intelectual y del obrero, verdaderos arquetipos del militante socialista finisecular.

Pero el acontecimiento más trascendente de su conversión es aún más sintomático: el haber compartido poco después durante tres días la celda de prisión con Justo, luego de la represión policial en medio de una conferencia política, otro típico medio de la propaganda común a la cultura política de izquierdas, tanto en socialistas como anarquistas. “En vez de alarmarme aquel episodio me pareció estupendo. Fue el *bautismo de mi incipiente militancia*” (Ibíd.: 65, destacado nuestro). Como en Bebel, el sacrificio de la cárcel es visto como una gracia y un compromiso con la “causa” (solo en el año 1898 Dickmann es llevado catorce veces a la cárcel, repitiendo una fórmula recurrente en él: “¡Fueron tiempos heroicos aquellos!”), (Ibíd.:421), mientras la experiencia sella su lazo con el joven “maestro” Justo, al que considera un verdadero “apóstol del Socialismo Argentino” (Ibíd.:54).<sup>22</sup> Un padrinazgo político e intelectual que se consolidaría en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, donde Justo también operó para el acercamiento del que se convertiría en otro destacado dirigente partidario.

Ahora bien, una vez integrado a la agrupación, las exigencias se vuelven cada más demandantes, pero en el *cursus honorum* constituyen sucesivas instancias de legitimación: orador, conferencista, organizador, colaborador asiduo del periódico partidario, miembro del Comité Ejecutivo del PS, y pegador de carteles de propaganda. Es el capital político e intelectual acumulado en pocos años lo que le permite empaparse de la, en ocasiones, turbulenta sociabilidad de izquierdas, que Dickmann

<sup>22</sup> Lucien Lévy-Bruhl ya había caracterizado a Jaurès como “apóstol y mártir del socialismo francés” (1916).

enumera como “mi primera controversia” con los anarquistas (que duró tres días y tres noches, en 1896), la participación en la fundación del Centro Socialista de Estudios (1896), la “primera manifestación de desocupados” también junto a los anarquistas (1897: “Yo creí por un momento que realmente la revolución social comenzaba [...]”), su primer discurso en un 1° de Mayo (*La Vanguardia*, 09/05/1896, lo denomina como “un joven ruso, estudiante”, pero no transcribe su discurso), la Biblioteca Obrera (1897), la Sociedad Luz (1899), etc.

El otro ejemplo es el de Nicolás Repetto. En este caso, a diferencia de Dickmann, no es un recién llegado y existe ya una militancia política previa, iniciada en el Colegio Nacional de Buenos Aires con los sucesos en torno a la “revolución del Parque” de 1890 (“ejemplo cívico malogrado [...] que marca en la historia argentina una etapa importante” (Repetto, 1956: 8) y la creación de la Unión Cívica Radical (UCR). Ello no es un dato menor en las memorias de Repetto: en el Parque recibe las primeras órdenes de Justo, a medias entre la actividad médica y la política (Repetto, 1962). El acontecimiento-mito fundacional de otra agrupación política (la UCR) es, al mismo tiempo, el primer paso del camino hacia la “verdad política” del socialismo; porque el ex radical se encarga allí de justificar la desilusión que Justo expuso en su relato (“la acción de Justo en esta organización fue muy breve, a causa de no haber podido vencer algunas influencias que consideraba deletéreas” (Ibíd.: 9).

En efecto, Repetto se presenta en *Mi paso por la política*, antes que como un socialista, como un republicano desencantado, y su paso del radicalismo al socialismo luego del fracaso de la revolución de 1893 puede verse también como un camino nada extraño recorrido por “proto-intelectuales de izquierda” (la denominación es de Falcón, [1987] 2011: 197) como Roberto Payró o Julio Arraga, que luego abandonarían asimismo el PS, ya sea para dedicarse más de lleno al campo cultural o para reingresar al radicalismo. Tanto es así que en un primer momento el discípulo de Justo afirma que su adhesión original a la UCR se entendía como la opción por “la fracción que proclamaba la verdadera norma política” (Repetto, 1956: 18), pero su participación será en los niveles menores del club radical Juventud Principista.

Un contra-ejemplo -esta vez concebido como “descarriado” del camino original, tema que merecería otro artículo- es el de

Lugones, figura importante del partido en sus años fundacionales y que acabaría en el otro extremo del arco ideológico, a diferencia de José Ingenieros, que permanecerá afín a una sensibilidad genéricamente de izquierda, desandando a medias el camino. En efecto, Dickmann dedica un apartado especial a la singular figura del poeta cordobés, esbozando una imagen elogiosa del mismo en sus primeras reuniones como socialista (“Yo, el más ignaro de todos, empecé a admirar a aquel grupo de jóvenes y sobre todo a Ingenieros y a Lugones”), para luego calificarlo abiertamente de “traidor” (“Le dije que dentro del Partido Socialista cabían todas las modificaciones de estatuto, de programa y declaración de principios, pero que toda actitud fuera de él, yo la consideraría una traición” (Dickmann, 1949: 423 y 425). Dicho tópico, claro está, no es ajeno a una sanción de la correcta o incorrecta conducta de un socialista, impartida por quien ha elegido la primera de esas sendas y ha triunfado en ella.<sup>23</sup>

Por su parte, Repetto también experimentó íntimamente la retirada -o la “defección”, como se denominaban estas salidas del partido- del *alter-ego* de Lugones y referente fundacional del socialismo argentino que fue José Ingenieros, aunque aquí no puede hablarse de “traición”. Si bien el intercambio epistolar del neófito con el joven pero curtido militante que abandona las filas partidarias no consta en las memorias del primero, merece destacarse que una vez más la argumentación de un espíritu científico como el de Ingenieros se expresó, sintomáticamente, en clave de creencia para dar cuenta de ese pasaje hacia el exterior, como se evidencia en la carta de 1902 al discípulo de Justo en donde se justifica afirmando que: “He atravesado momentos

<sup>23</sup> Sintomática también es la semejanza que Dickmann hace de otro “converso” antes mencionado, Julio Arraga, venido de la UCR y vuelto a sus filas a principios del siglo XX, luego de haber protagonizado la disidencia socialista del sindicalismo revolucionario: “distinguido abogado y ciudadano respetable, provenía del radicalismo yrigoyenista. Tras larga vacilación, se afilió al Partido Socialista, pero nunca se adaptó a su teoría y su práctica. Quedó siempre en ‘temperamento radical’” (203) En realidad, los sucesos posteriores traicionan la memoria del dirigente socialista, ya que Arraga había actuado activamente en los primeros años de la década de 1890 como presidente del club radical de Pilar y miembro del capitalino Comité Nacional de la UCR, siendo muy cercano a la conducción de Leandro Alem, como consta en la prensa radical de la época.

dolorosos, en épocas de crisis en la vida del partido socialista, permaneciendo confiadamente en las filas de la masa proletaria [...] Luché y sufrí; sufrí muchísimo, sin desmayar: me sostenía una fuerza inmensa, única, *la fe*, fuerza absoluta”, sólo para contrastar con su pesimismo acerca de las capacidades de la masa proletaria para lograr su propia emancipación, estado que califica como el “momento psicológico por que atraviesa mi espíritu de socialista; lentamente invadido de un escepticismo que es la resultante de la disección serena y objetiva del socialismo [...]”<sup>24</sup>

Pero volviendo al relato de Repetto, cabe especificar que plantea la evolución de su propio pasaje desde “La iniciación” (capítulo I) “Hacia el socialismo” (capítulo II) como un punto de llegada luego de haber participado en las huestes políticas más avanzadas de la “burguesía”. En la década de 1890 esta suerte de culminación en el socialismo de la tradición republicana -al estilo jauresiano- no era un recorrido imposible, aunque sí minoritario en la propaganda de las primeras agrupaciones que confluyeron en el PS. El propio Payró, reciente “converso” en 1894, esbozaría una interpretación semejante en una conferencia titulada “Educación republicana” y dictada en el Centro Socialista Obrero, proponiendo la “íntima conexión que hay entre las bases republicanas, y el programa socialista”, amparándose en la Constitución Nacional de 1853, el legado de la Revolución Francesa y el artículo 1° de los *Derechos del hombre y el ciudadano*, que postulaba que todos los hombres “nacen y permanecen libres e iguales en derechos” (Payró, 1894).<sup>25</sup>

Es en ese ámbito académico pero permeable a influencias personales, como fue la Facultad de Medicina, donde el ex-radical conoce a su director de cirugía y mediador político: Justo. La semblanza del “maestro” está plagada de admiración y de complejos intelectuales (“Frente a Justo yo me avergonzaba de mi ignorancia”), reiterando la imagen propuesta por aquel en su

<sup>24</sup> José Ingenieros a Nicolás Repetto, Buenos Aires, 23/01/1902, transcrita en Tarcus, (2009/2011: 117-120).

<sup>25</sup> Sus palabras finales resultaban significativas, en un momento de crisis para la UCR, posible competidora por nuevas bases populares con el Centro Socialista Obrero: “Pocas cosas se hacen por intuición, y mal podríamos ser socialistas en la práctica, si bajo el régimen de la república no hemos sabido ser republicanos!”.

conferencia de 1910: “Se proponía alcanzar por la política la supresión del dolor y de la enfermedad evitables, que había perseguido en vano por la medicina.” Ya en un escrito previo donde prologaba textos del “maestro”, había advertido que Justo condensaba “lo que hay de real, de verdadero y de humano en el movimiento socialista”, y esas cualidades morales lo hacían un ejemplo digno de imitación por las generaciones sucesivas, a quienes precisamente se dirige Repetto en el contexto de los primeros años ’30, como sucesor de aquel y candidato a vicepresidente de la nación (Repetto, 1932 [1933]: 19). Encontramos así planteada una continuidad de la autoridad de la palabra entre quien es presentado como el padre fundador del socialismo argentino y el que ahora ocupa la principal posición dirigente dentro del mismo. La idea de generación plantea el traspaso de un legado hacia quienes se presentan como fieles guardianes de una memoria partidaria que el propio Justo había iniciado. Pero en sus recuerdos el discípulo no deja de especificar que es, sin embargo, ese contacto íntimo y esas convicciones personales del “gran hombre” las que produjeron su adopción de la nueva identidad política:

Su resolución era irrevocable. En el primer momento esta resolución me causó profunda pena [...] sólo pude llegar a una conclusión clara: *el socialismo debía ser algo muy serio para que un hombre de la talla mental y moral de Justo se resolviera a consagrarle la vida por entero.* (Ibíd.: 21, destacado nuestro).

Viaje iniciático si los hay, recién a su paso por Suiza en 1896, cuando Justo lo contacta por carta, adquiere su primer libro sobre socialismo (*Les lundis socialistes*), obra de Benoît Malon, por ese entonces director de la prestigiosa *Revue Socialiste* de París. Pero su inicio en la agrupación comienza siendo periférico, en tanto hombre de letras. Encargado por Justo de un diario partidario que tendrá escasa vida (*El Diario del Pueblo*, de 1899), pasa a ser uno de los creadores de la célebre Sociedad Luz, difusora de material cultural para los trabajadores, todo lo cual contribuyó para que fuera “considerado un ciudadano maduro para la afiliación.”

Ese acelerado ascenso en el seno de los espacios partidarios parecen convertirlo, en sus palabras, en un hombre “digno” para colocarse en una posición dirigente: ese mismo año es invitado a dar una conferencia -titulada “Socialismo y civilización”- en la que reconoce a Eneas Arienti y Adrián Patroni el no haber leído ni el *Manifiesto comunista*, ni ningún texto de Marx o Engels, aunque era “un lector asiduo del periódico *La Vanguardia*”, que luego dirigirá él mismo en 1901.<sup>26</sup> Como testimoniará, este acontecimiento ante un público de obreros socialistas le generó “la sensación de haber impreso otro rumbo a mi vida” (Ibidem.: 28-29). Llegado este punto, sus afirmaciones no sorprenden, sino que se convierten en un lugar común: la llegada al socialismo por compartir espacios de sociabilidad extra-políticos, la posesión de un capital cultural acumulado que es valorado en un movimiento sediento de “hombres de ideas” para multiplicar la propaganda socialista, la lectura de los textos clásicos de Marx y Engels como un punto de llegada o confirmación antes que como experiencia iniciática o disparador, aunque las mismas no dejan de erigirse en un momento particularmente significativo: “La lectura [posterior] del *Manifiesto Comunista* fue una verdadera revolución, algo como el súbito descender de un velo”, pese a reiterar la risueña referencia de Bebel acerca de que la extensión de *El Capital* conspiraba contra su lectura completa, resignándose Repetto a la lectura del compendio del mismo realizado por Gabriel Deville (Ibíd.: 34).

### Consideraciones finales

En este recorrido hemos intentado dar cuenta de las experiencias individuales de adopción de la identidad socialista de quienes serían las figuras centrales del PS argentino a principios del siglo XX, en espejo con ciertos casos europeos particularmente relevantes, en tanto ciertos tópicos comunes a la variable cultura socialista -podemos decir que- ya estaban allí para ser utilizados. Más allá de las variantes de este fenómeno de subjetivación

<sup>26</sup> Este paso por la redacción de *La Vanguardia*, como un momento clave del *cursus honorum* por el que debían transitar los jóvenes aspirantes a dirigentes partidarios, ha sido recientemente trabajado desde una interesante perspectiva por Juan Buonuome (2014).

política, de este verdadero pasaje, constatamos que el mismo implicó no sólo abandonar (o reconvertir) ciertas concepciones y lealtades políticas, sino también adoptar otras nuevas, pero a partir de una verdadera “conversión” a los preceptos del socialismo, adquiriendo en casos como en el de Dickmann una connotación mesiánica y cuasi-religiosa, ya presente en un dirigente internacional de la talla de Bebel.

Asimismo, de acuerdo al contexto de producción de esos relatos retrospectivos, los mismos adoptaron un carácter pedagógico y/o legitimante, en tanto sus naturales destinatarios eran asimismo miembros del partido o, al menos, simpatizantes de la “causa socialista”. Este punto es central en nuestra hipótesis, ya que entendemos que los motivos esgrimidos por los dirigentes socialistas pasarían a formar parte de esa memoria compartida - pero elaborada “desde arriba”- que constituirá uno de los elementos clave de la cultura política socialista local. Tanto en el caso de Justo como en Dickmann y Repetto, la cultura letrada parece haber jugado un rol esencial, direccionando lecturas o canalizando sensibilidades. En este sentido, ciertos espacios de sociabilidad en común, como la universidad (tema transitado como “haber” por Vandervelde, como “debe” por Bebel), o formas típicas de la propaganda socialista, como los periódicos, los mítines o las conferencias, actuaron como detonantes que “descorrieron el velo” y revelaron las bondades de la “nueva fe” socialista.

Por último, la figura de Justo es presentada y auto-presentada como la de un hombre política, moral e intelectualmente superior que se sacrifica por una causa -la del proletariado- que no era originalmente la suya (tal como postulara en su tipología de conversos Bernstein), pero que al mismo tiempo es capaz de operar como un mediador y formador de nuevos dirigentes partidarios. Este tema, de largo recorrido ya en la historiografía sobre el socialismo, adquiere una nueva entidad al pensarse desde las memorias militantes, de forma que el sobredimensionamiento de la figura del “maestro” puede ser ubicado en la estela de una cultura política internacional que no lo muestra como una manifestación insólita. Todo lo cual no obsta para afirmar que la historia de la identidad partidaria se haya presentado en realidad como un fenómeno mucho más complejo

que el reflejado por estas memorias, de todas formas, ejemplares de la evolución del socialismo argentino.